

pero no oír Misa. Así nos lo indica la Iglesia misma en sus textos litúrgicos y especialmente en una «secreta», que pone en nuestros labios uno de los primeros domingos de Pentecostés. Es una fórmula bella y audaz, que nos introduce en la esencia misma del acto eucarístico y sintetiza la razón última de su grandeza soberana. Primero esta petición: «Danos, Señor, frecuentar dignamente vuestros misterios.» ¿Por qué esa preocupación, por qué ese anhelo de preparar el alma para presenciar los misterios del altar? Aquí una contestación explícita y rotunda, que es para estremecernos de amor y de temor al mismo tiempo: «Porque siempre que se celebra la conmemoración de la Hostia sacrosanta, se realiza la obra de nuestra redención.» Todo eso es la Misa: la conmemoración de la Hostia sacrosanta, o dicho más claramente todavía, la obra de nuestra redención, el sacrificio mismo del Calvario. ¿Qué ejercicio humano, qué novena, qué oración, por devota que sea, se le podrá comparar?

Estas palabras nos ofrecen además una definición impresionante, una definición que tiene el prestigio de la antigüedad cristiana y de la más alta autoridad teológica. Con ellas la primitiva Iglesia confesaba la identidad entre el sacrificio de la Cruz y el sacrificio del Altar. La apariencia exterior es distinta, pero la realidad es la misma: un mismo sacrificio, fuente de vida, surtidor de gracia, foco de luz, obra de redención, rescate de valor infinito. En uno y en otro el mismo Dios hecho hombre, el mismo Corazón divino, y en el Corazón la misma caridad. En el Calvario se ofreció plenamente, adorando, dando gracias, implorando misericordia, levantando a los cielos, en nombre de la Humanidad, a quien representaba el valor perfecto de su amor y su alabanza; presentando al cielo el precio infinitamente agradable de su sangre divina. Y otro tanto hace en el altar. La Misa no es más que la prolongación de aquel grito sublime de caridad que se oyó en la cima

del Gólgota: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

En la Cruz y en el Altar, el mismo sacerdote y la misma víctima. Sólo existe una diferencia exterior: en el Calvario, Cristo presentaba la ofrenda de su vida, y la oblación se manifestaba en la muerte sangrienta; «pero una vez resucitado de entre los muertos —dice San Pablo—, ya no puede morir». La efusión de sangre ya no es posible en su vida gloriosa; pero la Pasión no sólo puede ser evocada, representada, conmemorada, sino también renovada. El sacerdote pronuncia en nombre de Cristo las palabras sacramentales: «Esto es mi cuerpo; éste es cáliz de mi sangre»; y estas palabras de un hombre, aunque sea indigno, producen el mismo efecto que cuando Jesús las pronunció por vez primera en el Cenáculo, poniendo en ellas su eficacia omnipotente. A la voz de su ministro responde El desde el cielo ofreciéndose visiblemente bajo un símbolo de muerte, y esta oblación mística no es más que la exteriorización de la ofrenda de amor que brota de su corazón divino. Por eso la oblación del altar, el sacrificio de la Nueva Alianza, es la obra de la redención del mundo, de su regeneración por la gracia, de su inserción en la vida divina.

En la Cruz, es cierto, había derramamiento de sangre, la sangre que brotaba de las llagas y empapaba el madero y corría hasta el suelo; en el altar hay sangre, pero sin apariencias de sangre. Esta es la diferencia. En lo demás, el sacrificio es el mismo, con toda su virtud purificadora, con su plenitud de propiciación, con su valor absoluto. El anhelo salvífico de Cristo permanece intacto; el sol ardiente del amor celeste continúa fijo en la altura de su apogeo, sin eclipses, sin descensos, sin desmayos. Y de esta manera, por medio de las palabras de la consagración, virtualizadas perennemente por una fuerza divina, la víctima de aquella parasceve inolvidable, en que se inmoló el Cordero de Dios, continúa a través de los siglos y los espacios, contemporánea de todas las generaciones, le-